

# Octavio Paz y el ensayo metapolítico

Francisco Gil Villegas M.

**A** partir de la comparación de la obra de Octavio Paz ilustre miembro que fue de nuestro Consejo Editorial, y José Ortega y Gasset, en este artículo se aprecia la valía ensayística del "más grande poeta mexicano del siglo XX". El autor pone de manifiesto que la mayor contribución del filósofo español hacia el poeta mexicano fue el haberle enseñado que pensar es vivir. Acorde con la voluntad del propio Paz, quien deseaba ser recordado y evaluado primigeniamente como poeta, el presente texto señala que la salvación de sus ensayos reside en la posibilidad de definirlos como "poemas intelectuales", con su propia esfera de influencia estética y conceptual.

\*\*\*

EL FALLECIMIENTO DE OCTAVIO PAZ, insuperable pensador y poeta mexicano, y también el más brillante ensayista de todo el mundo contemporáneo de habla hispana, representa una irreparable e incalculable pérdida para la vida cultural de México en su conjunto, a pesar de la rica herencia de su legado.

No me corresponde hacer el inventario del legado de Octavio Paz, ni presentar un perfil del conjunto de su obra y su persona, pues sobran espléndidos balances al respecto, pero me propongo

evaluar en este artículo su valía como ensayista, especialmente de corte político, para lo cual me serviré de una comparación de su obra con la de José Ortega y Gasset, a quien el propio Paz consideraba el más grande ensayista de nuestra lengua.

Octavio Paz se consideraba a sí mismo primordial y primigeniamente un poeta, y pocos podrán negarle su rango como el más grande poeta mexicano del siglo XX. También fue un profundo y diáfano pensador, y en este terreno sólo Antonio Caso y

III-IV TRIMESTRES 1998

José Vasconcelos compartirán con él en lo referente a quién será considerado, en el próximo siglo, el máximo pensador mexicano del siglo XX. Octavio Paz también fue diplomático, empresario cultural, fundador de revistas literarias y de una editorial. En todas estas actividades ocupó un nivel de excelencia en la vida nacional, y sin embargo, ya en el ámbito internacional, su prestigio no proviene tanto del excelso desempeño en alguna de esas actividades, sino de la magnificencia marmórea y expresiva de sus ensayos, especialmente de los dedicados a la crítica cultural y literaria, pero también, y de manera prominente, en los dedicados a la crítica y la reflexión política.

Y es que es muy difícil traducir poesía a otros idiomas, en tanto que las brillantes, sugerentes y originales aportaciones de la crítica cultural y literaria de Octavio Paz, expresadas en el fluido y movable género del ensayo precursor, sí pudieron trasladarse a otros idiomas sin perder riqueza, ni en cuanto a la forma, ni en cuanto al contenido.

Así, Octavio Paz fue por primera vez apreciado fuera del mundo hispanohablante, por ejemplo, en Alemania, en Escandinava o en los Países Bajos, por sus ensayos de introducción a la cultura mexicana entre los que sobresale *El laberinto de la soledad*. En el ámbito de la filosofía y de la teoría de la modernidad fueron sus ensayos de

crítica cultural y literaria, los que llevaron a Jürgen Habermas en 1980 a citar el pensamiento de Octavio Paz para apuntar su propia versión sobre cómo la modernidad es un proyecto inconcluso, y que por lo mismo debe emprenderse la reconstrucción de *El proyecto filosófico de la modernidad*. Estos ensayos, así como la erudita obra sobre Sor Juana Inés de la Cruz, fueron los que más influyeron para que Octavio Paz obtuviera el premio de los editores y librerías alemanes de la feria de Frankfurt en 1984. Con ocasión de recibir tan distinguido premio, Octavio Paz pronunció en Frankfurt un importante discurso de índole política, en el cual denunció al autoritarismo de los sandinistas de Nicaragua generando, así, la atávica ira de diversos grupos de izquierda, quienes además de padecer la farmacodependencia hacia aquello que Raymond Aron denominaba “el opio de los intelectuales”, intentaron vanamente relegar al ostracismo al brillante escritor recién laureado por las editoriales alemanas.

Seis años después, en el seno del “Encuentro en la libertad” de septiembre de 1990, vimos a un polémico Octavio Paz debatir en la pantalla de televisión con los intelectuales y escritores de los países del ex bloque socialista. Tal encuentro le serviría a Paz de prelude para recibir, dos meses después, el Premio Nobel de Literatura. En el “Encuentro de la libertad” se vio así, no tanto el

poeta, sino el ensayista e implacable crítico político de sociedades cerradas y del dogmatismo fundamentalista e infantil de la izquierda, el cual ya se encontraba derrotado ineluctablemente para ese entonces, después de la caída del muro de Berlín. Fue ese admirable Octavio Paz, el defensor de la libertad y de la sociedad abierta, así como el valiente denunciante de los autoritarismos y represiones de las sociedades estatistas y totalitarias, al que la historia le había dado la razón en 1990 y, por lo mismo, no fue una mera casualidad el que hasta ese año por fin se le concediera el máximo galardón de la literatura universal. En 1990, México recibió en la figura de Octavio Paz un reconocimiento no tan sólo a sus letras, sino también a su emancipado y vanguardista pensamiento político.

Octavio Paz expresó su crítica política en muchas otras ocasiones, ya fuera para describir el “ogro filantrópico”, o para condenar la masacre de estudiantes en el México de 1968, o para denunciar dictaduras totalitarias y periclitadas como la de Fidel Castro en Cuba, o autoritarismos del subdesarrollo como el de los sandinistas en Nicaragua, pero debe recalarse que su medio de expresión literaria para este tipo de crítica no fueron tanto los poemas, sino sobre todo

los ensayos vanguardistas de crítica política, capaces de trascender sus propias fronteras para ir a explorar e incursionar el ámbito de la metapolítica.

Octavio Paz es posiblemente el más grande poeta mexicano del siglo XX, pero sería más discutible afirmar lo mismo si el ámbito de influencia poética se extiende a todo el mundo hispanohablante, pues ahí, la competencia es naturalmente mucho más reñida. Sin embargo, en cuanto a estilo, forma, profundidad y estética, Octavio Paz sobresale como el más grande ensayista de todo el mundo de habla hispana en este siglo, a pesar de que él mismo reservara tal honor a la figura de José Ortega y Gasset.

En efecto, el célebre ensayo de *El laberinto de la soledad*, publicado por Octavio Paz en 1950, está relacionado a primera vista con el intento por alcanzar una ontología de lo mexicano que emprendía por aquél entonces el grupo filosófico *Hiperión* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de México, pero también es posible ver en ese ensayo a una aproximación independiente al estilo de José Ortega y Gasset, no tan sólo por erigirse en el sucesor natural, aunque infinitamente más sutil y mucho mejor escrito, del estudio de Samuel Ramos de 1934, sino

---

V / J. Ortega y Gasset, *Unas lecciones de metafísica*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 126.

también por el manejo que Paz dio ahí al tema de la soledad. Así, no es una mera casualidad el que Ortega haya afirmado por un lado que “la Metafísica es radical soledad”<sup>1</sup>, y el que Paz concluyera su “dialéctica de la soledad” (apéndice del ensayo de 1950) con una cita al *Tema de nuestro tiempo*<sup>2</sup>.

De manera explícita Paz menciona, por otro lado, dos veces a *El perfil del hombre y la cultura en México* de Samuel Ramos como “la primera tentativa seria por conocernos” y “el único punto de partida que tenemos para conocernos”<sup>3</sup>, lo cual es particularmente notable porque es ampliamente reconocida la filiación orteguiana de la investigación de Samuel Ramos sobre la identidad del ser del mexicano. Las referencias a obras de raigambre orteguiana en discípulos de José Gaos, como Leopoldo Zea y Edmundo O’Gorman, pueden encontrarse también en hartos lugares del célebre ensayo de Paz<sup>4</sup>. Y con respecto a los intelectuales de la República española, Paz no pudo

dejar de advertirnos que: “A ellos se debe en parte el renacimiento de la cultura mexicana, sobre todo en el campo de la filosofía. Un español al que los mexicanos les debemos gratitud es José Gaos, el maestro de la joven ‘inteligencia’”<sup>5</sup>.

Pero es la constante y directa referencia a los ensayos de Ortega y Gasset por parte de Octavio Paz, lo que demuestra inequívocamente un importante peso específico de ese autor sobre la auto-reflexión de la cultura mexicana. Paz recuerda así la distinción de Ortega “entre los usos y los abusos para definir lo que llamaba *el espíritu revolucionario*”<sup>6</sup>; recurre a la observación de Ortega sobre el realismo de las sociedades tradicionales que desconfían de los saltos bruscos y prefieren el cambio gradual dictado por la realidad, a fin de caracterizar con esos rasgos a la sociedad mexicana<sup>7</sup>; retoma, con matices críticos, la tesis orteguiana de cómo toda revolución es una tentativa por someter a la realidad a un proyecto racional<sup>8</sup>; y antes de citar en la

última página del ensayo a *El tema de nuestro tiempo*, Paz se apoya en la idea orteguiana de la nación para explicar la Reforma de la época de Juárez: “Si, como quiere Ortega y Gasset, una nación se constituye no solamente por un pasado que pasivamente la determina, sino por la validez de un proyecto histórico capaz de mover las voluntades dispersas y dar unidad y trascendencia al esfuerzo solitario, México nace en la época de la Reforma”<sup>9</sup>.

Tres décadas después de la publicación de *El laberinto de la soledad*, Paz describiría su deuda con Ortega y Gasset en términos generosos, aunque también con una saludable dosis de crítica constructiva, la cual con el tiempo valdría como una especie de auto-crítica a la propia obra ensayística de Paz una vez que ésta le asignara ya el rango, al finalizar el siglo XX, de ser el más brillante ensayista contemporáneo de nuestra lengua. Ortega sería, en efecto, identificado por Paz como un ensayista, con todas sus virtudes y limitaciones: el ensayista es un explorador, nunca un colonizador; expresa el movimiento y el placer del viaje más que el afincamiento en sitios de llegada; sus obras deben verse no como un conjunto de edificios, sino como una red de caminos y ríos navegables. Según Paz, la obra

de Ortega tiene tres ausencias u omisiones: la introspección, el tema de la muerte y la contemplación, ya que su filosofía es básicamente un pensamiento como acción y no como un ver o contemplar. Sin embargo, al parecer Paz desconocía el contenido completo del curso de Ortega de 1933 intitulado “*En torno a Galileo*” donde el Meditador del Escorial demostró tener un erudito conocimiento sobre San Agustín, y por ello Octavio Paz no estaba en lo correcto cuando decía que: “A la filosofía de Ortega y Gasset, me temo, le faltó el peso, la gravedad, de la muerte. Hay dos grandes ausentes en su obra: Epicteeto y San Agustín”<sup>10</sup>.

No obstante, esas críticas carecen de importancia cuando se comparan con el enorme reconocimiento que Paz le confiere a Ortega por enseñarle que pensar es vivir, y mostrarle que la historia, la política, el conocimiento, las ideas, las creencias y el amor, son un saber y no tanto una sabiduría. Paz describe su deuda con Ortega de una manera agradecida y generosa cuando nos confía la siguiente evaluación:

Como tantos otros hispanoamericanos de mi edad, frecuenté sus libros con pasión durante mi

2/ Ver: O. Paz, *El laberinto de la soledad, Posdata y Vuelta al laberinto de la soledad*, México, FCE, edición especial (Tezontle), 1981, pp. 219-220: “Soledad y pecado se resuelven en comunión y fertilidad. La sociedad que vivimos ahora también ha engendrado su mito. La esterilidad del mundo burgués desemboca en el suicidio o en una nueva forma de participación creadora. Tal es, para decirlo con la frase de Ortega y Gasset, ‘el tema de nuestro tiempo: la sustancia de nuestros sueños y el sentido de nuestros actos’”.

3/ *Ibid.*, p. 164 y p. 14

4/ *Ibid.*, pp. 113, 134-135, 172 y 174-175.

5/ *Ibid.*, p. 167.

6/ *Ibid.*, p. 23.

7/ *Ibid.*, p. 109.

8/ *Ibid.*, p. 147

9/ *Ibid.*, p. 131.

10/ O. Paz, “José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué” (1980), en *Hombres en su siglo y otros ensayos*, Barcelona, Seix-Barral, 1984, p. 104.

adolescencia y mi primera juventud. Esas lecturas me marcaron y me formaron. El guió mis primeros pasos y a él le debo algunas de mis primeras alegrías intelectuales. Leerlo en aquellos días era casi un placer físico, como nadar o caminar por el bosque. Después me alejé. Conocí otros países y exploré otros mundos (...). En 1951 fui invitado a participar en los *Encuentros Internacionales* de Ginebra. Acepté; uno de los seis conferenciantes era nadie menos que Ortega y Gasset. El día de su conferencia lo escuché con emoción. También con rabia: a mi lado algunos provincianos se burlaban de su acento al hablar francés (...). No hice mucho caso de aquellas mezquinas disputas: lo que quería era acercarme a Ortega y Gasset y hablar con él. Al fin lo logré (...). Me dijo que la única actividad posible en el mundo moderno era la del pensamiento ("la literatura ha muerto, es una tienda cerrada, aunque todavía no se enteren en París") y que, para pensar, habría que saber griego o, al menos alemán. Se detuvo un instante e interrumpió su monólogo, me tomó del brazo y, con una mirada intensa que

todavía me conmueve, me dijo: "Aprenda el alemán y pónganse a pensar. Olvide lo demás". Prometí obedecerlo y lo acompañe hasta la puerta de su hotel<sup>11</sup>.

Octavio Paz confiesa, sin embargo, que ni aprendió el alemán ni olvidó "lo demás", pero que al contradecir a Ortega de esta manera, en cierta forma le fue muy fiel, por que el poeta mexicano aceptó la propia circunstancia y siguió cultivando la poesía y el ensayo crítico, afín a las tendencias esenciales de la modernidad. El revelador artículo concluye con el siguiente reconocimiento:

¿Y su tercer consejo: "póngase a pensar"? Sus libros, cuando era muchacho, me hicieron pensar. Desde entonces he tratado de ser fiel a esa primera lección. No estoy muy seguro de pensar ahora lo que él pensó en su tiempo; en cambio, sé que sin su pensamiento yo no podría, hoy, pensar<sup>12</sup>.

El veredicto de Octavio Paz sobre Ortega es paradójico porque resulta particularmente apropiado para evaluar la obra como ensayista del propio Paz, y por ello nos atrevemos a evaluar sus ensayos

con los mismos giros y expresiones que él utilizó para evaluar la obra ensayística de su admirado Ortega. Así podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que Octavio Paz:

Fue un verdadero ensayista, tal vez el más grande de nuestra lengua: es decir, fue maestro de un género que no tolera las simplificaciones de la sinopsis. El ensayista tiene que ser diverso, penetrante, agudo, novedoso y dominar el arte difícil de los puntos suspensivos. No agota su tema, no completa ni sistematiza: explora (...). La prosa del ensayo fluye viva, nunca en línea recta, equidistante siempre de los dos extremos que sin cesar la acechan: el tratado y el aforismo. Dos formas de la congelación.<sup>13</sup>

Y para no profanar la voluntad testamentaria de Octavio Paz, en el sentido de que él deseaba ser evaluado y recordado primordialmente como un poeta, proponemos la siguiente fórmula hermenéutica, mediante la cual respetamos su última voluntad, sin que eso nos impida rescatar su valioso legado como el más grande y brillante

ensayista de nuestra lengua. La salvación de los ensayos reside en la posibilidad de definirlos como "poemas intelectuales", con su propia esfera de influencia estética y conceptual: el ensayo es, pues, un género artístico, la configuración de una vida propia, completa. Puede llamársele obra de arte y, no obstante, resaltar su diferencia frente al arte: el ensayo se enfrenta a la vida con el mismo gesto que la obra de arte, pero sólo con el gesto. Los ensayos de Paz, incluso los de crítica y denuncia política, son inseparables pues de la vida y de los medios de expresión del poeta, y por ello podemos honrarlo y recordarlo a la vez, y sin menoscabo de sus dos vertientes creadoras, como el más grande poeta mexicano del siglo XX y como el más brillante ensayista en todo el mundo de habla hispana. Rendimos hoy un homenaje póstumo a Octavio Paz, al poeta, sí, pero también al pensador, y al ensayista que tanto en su crítica política, como en la cultural y literaria, llegó a explorar y tocar las fronteras de su metapolítica sin pretender afincarse en ella.☉

11/ Ibid., pp. 107-109.

12/ Ibid., p. 110. La participación de Ortega en los "Encuentros de Ginebra" de 1951 a los que se refiere Octavio Paz se encuentra publicada, al lado de las otras ponencias y discusiones del encuentro, en: Danielou, Merleau-Ponty, Ortega y Gasset, *et. al.*, *Hombre y cultura en el siglo XX*, presentación de P. Lafn Entralgo y traducción del francés de M. Rianza, Madrid, Guadarrama, 2957, ver especialmente pp. 321-367, para la ponencia de Ortega y la discusión que generó la misma.

13/ O. Paz, "José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué". Op. Cit., p. 98.